

Religiosos



César García



Cristo de las Indulgencias

Sobre un Calvario de sangre
Que va emergiendo del trono
Hecho en madera de Flandes,
Su Imagen se eleva al Cielo
Estilizando sus formas,
Alargándose y subiendo,
Como queriendo trazar
Con las líneas de su Cuerpo
El camino de Ascensión
Y llegar al Padre Eterno.
¡Cristo de las Indulgencias!
Si tal nombre te pusieron
Derrámalas sobre mí
Aunque no me lo merezco.
Tómame en tus finas manos,
Que quiero sentir tus dedos
Y que su contacto leve
Se haga bálsamo en mi pecho
Para mitigar las penas,
Las fatigas y los duelos.
Arrópame con tus brazos
Y que su largor inmenso
Infunda vida y calor
A mi corazón entero.
Déjame ver tu costado
Que por es llaga quiero
Sentir tu dolor desnudo
Y asomarme al sufrimiento
Que te infligió la lanzada
Con la que muerte te dieron.
¡Cristo de las Indulgencias!
¡Cristo amigo, Cristo bueno!
Que mi espíritu se alargue
Como se alarga tu Cuerpo
Y que fundidos en uno
Vayamos juntos al Cielo.

Jesús de la Expiración

Silencio en la Plaza Alta.
Por encima de las torres
Jesús de la Expiración
Da su vida como Hombre.
La hora nona resuena,
Sus últimos estertores
Convulsionan lo más hondo
De cuerpos y corazones.
Con el suspiro postrero
La gran cortina se rompe,
El Cielo llora tinieblas,
El sol, herido, se esconde
Y la tierra abre su carne
En grietas y desgarrones.
Lo han traído en Procesión
Sobre un Calvario de amores,
Lo han subido a la carrera
Por la calle de las flores,
Lo dejan Crucificado
En los claveles del monte.
Y Cristo expira, se muere,
La Ciudad Vieja se encoje,
Haciendo grande su Cruz
Cuando cesan sus dolores.
Andaluces y extremeños,
Uniando sus oraciones,
Al Padre Eterno del Cielo
Elevan juntos sus voces,
Porque son una Hermandad
De pueblos y corazones,
De querer y sentir,
De mujeres y de hombres.

César García González
Semana Santa 2.001

Nuestra Señora del Buen Fin y Nazaret

¡Señora de Nazaret!
Bajo la Cruz de tu Hijo
Con su Corona de Espinas
¡Qué doloroso camino!
¡Qué belleza hay en tu cara!
¡Qué sencillo tu vestido!
¡Qué humildad en el sudario
Sobre el madero vacío!
Por el Arco de la Estrella
Vas de vuelta a tu destino.
¡Señora de Nazaret!
¡Déjame llegar contigo!
¡Déjame! Que si me dejas
Será más corto el camino
Para alcanzar el Buen Fin
Del encuentro con tu Hijo.

Jesús entra en Jerusalén

Cáceres, cual Jerusalén, revive
Saludando a Jesús en la "burrina"
Con alfombras de juncos lo recibe
Y a su paso todo el pueblo camina.

Sale de San Juan de los Ovejeros,
Baja por los adarves a la Plaza
Reflejando un sol de brillos de aceros
Que arde en el peto de cada coraza.

Igual que voces de fuego encendido
Miles de niños cacereños gritan:
¡Hosanna al Hijo de Dios que ha venido!

Y miles de corazones palpitan,
Palma y ramo se torna la mañana
Y Cáceres se vuelve flor galana.

¡SALVE, MISERICORDIA!

A la Virgen de Santiago,
La Madre del Nazareno,
Madre de Misericordia
Que nos cuida desde el Cielo,
Quiero cantarle una Salve
Que me está ardiendo en el pecho:
¡Salve, Misericordia!
Bendita entre las mujeres
Porque es bendito tu seno
Por haber tenido en él
A nuestro Dios Nazareno.
¡Salve, Misericordia!
Aroma de primavera,
Vida, color y lucero
Que nos llevas a Jesús
Guiando los pasos nuestros.
¡Salve, Misericordia!
Luz del Domingo de Ramos,
Antorcha de mil destellos
Que pones brío en los hombros
De tus fieles cacereños
Que en este valle de lágrimas
Su dolor les duele menos
Porque Tú eres su abogada
Y el Juez nuestro Nazareno.
¡Salve, Misericordia!
Porque llenas de esperanza
Nuestras horas de destierro
Para darnos la Verdad
De un Camino y Vida nuevos.
¡Salve, Misericordia!
Madre, eternamente, Madre.
¡Salve, Misericordia!
Vida, por siempre, Vida.
¡Salve, Misericordia!
Luz, por los siglos, Luz.
¡Salve, Misericordia!
Amor, toda y solo amor
¡Salve, Misericordia, Salve!

Señor de las Penas

Déjame sufrir contigo
Déjame, Cristo pequeño,
Quiero sobre mí las burlas
Que se hicieron de tu Reino.
Quiero en mi frente corona
Con espinas que te hirieron
Y quiero en mis manos caña
Que por cetro te pusieron.
Que sobre mis hombros pongan
Capa de sarga deseo
Y que de manos atado
Me lleven herido y preso.
Quiero sobre mí los golpes,
Los insultos, los tormentos
Y todas las vejaciones
Que Tú sufriste en silencio.
A Ti, Señor de las Penas,
Quiero parecerme, siento
Que mi alma se va contigo
En este andar cacereño
Que, desde Santa María,
Cruza por el casco viejo,
Para llevarte a la ermita
De tu querido Colegio.
Quiero ser hombro de carga
Y compartir el esfuerzo
Con los hermanos cofrades
De Cristo de Amor y nuestro.

Nuestra Señora del Buen Fin

Postiguito de Santa Ana,
Donde el Adarve se estrecha,
“La Navera” le cantaba
Su cante por cacereñas
A la Virgen del Buen Fin
Que va vestida de hebrea
Y que lleva entre sus manos
Corona de espinas negras
Como es negro su penar
Por la dolorida ausencia.
De buena gana trocara,
Para sufrir también Ella,
La corona de sus manos
Por la de las doce estrellas
Que envuelve su bello rostro
En las horas de tristeza.
¡Qué lento su caminar!
Las horas pasan ¡Qué lentas!
¡La oscuridad de la Muerte
Qué sombría y qué densa!
Por las calles, el silencio,
Los dolores y las penas
De esa Madre tan sencilla
Y de ternura tan llena,
Sólo puede mitigarse
Por la Fe con que Ella espera
El Buen Fin que ha de venir
Para traerle la nueva
De la Gloria de su Hijo
Que, saliendo de la tierra,
Resucita para ser
El Dios de la vida eterna.

Cristo de las Batallas

De rodillas y humillado
Bajo la pesada carga
De la Cruz, vas hacia el monte
Donde la Muerte te aguarda.
Así mismo te llevaron
Los Católicos Monarcas,
Su Fe en Ti fue su bandera
Para librar las batallas
Que permitieron ganar
Entera la ibera patria.
Y así mismo te llevamos,
Lunes de Semana Santa,
Los cacereños cristianos
Que defendemos tu causa.
Te pedimos que nos dotes
De la fuerza necesaria
Para vencer en las luchas
Que nos trae cada mañana:
La miseria, la crueldad,
La mentira, la falacia,
La ambición por el poder,
Las drogas, la intolerancia,
La guerra y la corrupción
Son enemigos que causan
Entre los seres humanos
Un buen número de bajas.
¡Esa ha de ser nuestra lucha!
¡Ahí están nuestras batallas!
Y por ello te imploramos
Tu ayuda para ganarlas.

Dolorosa de la Cruz

La mirada al Cielo
Perdida y ausente.
Entorna los ojos
De mirar clemente.
De pena transida
Por dolor ardiente
La espada le abre
Su carne doliente
Y su corazón
Lo sufre paciente.

Dolorosa de la Cruz
Madre y Virgen cacereña,
Bandera de la Hermandad
De la Santa y Verdadera
Cruz de Jesús, Dios y Hombre,
Bajo la que manifiestas
El tremendo padecer
Que tu corazón encierra.

¡Qué lección tan magistral
Con tu expresión nos enseñas!
¡Qué ejemplo de aceptación
De la voluntad paterna!
¡Qué dolor tan verdadero
En tu figura se muestra!

Dolorosa de la Cruz
Madre y Virgen cacereña,
Compartiendo tu dolor
Las lágrimas casi ciegan
Los ojos que ven tu paso
Junto al Arco de la Estrella

Ntra. Sra. De Gracia y Esperanza

María, Madre de Gracia.
María, luz de Esperanza.
Contigo el hambre se sacia
Y en Ti la Gloria se alcanza.
Por verte sobre tu trono
Al mediar el Viernes Santo,
Tu Hijo en su Expiración
Me da el valor necesario
Para superar barreras
Y, luchando sin descanso,
Ofrecerte la hermosura
De Cáceres a tu paso.
Porque has de ir con Tu Hijo
Llevándole de la mano
Como llevas nuestra alma
Arropada con tu manto.
Porque verte en Procesión
A hombros de los hermanos
Colmará nuestros deseos
Y la luz del Viernes Santo
Brillará con más fulgor
Al reflejarse en tu palio.
Porque eres llena de Gracia,
Porque eres luz de Esperanza
Contigo el hambre se sacia
Y en Ti la Gloria se alcanza.

César García González
Semana Santa, 2.002

Ntra. Sra. De Gracia y Esperanza

Viernes Santo de Dolores
Viernes Santo de mis sueños
Viernes Santo ¡Qué de amores!
De corazones sin dueño.
María Madre de Gracia
¡Que salga de San Mateo!
María luz de Esperanza
¡Que baje la calle Ancha!
Que en Santa Clara la espero.
La procesión se hace vida
Y al compás de los tambores
Todo Cáceres palpita
Con esta Madre bonita
Que es la flor entre las flores.
Marcha detrás de su Hijo
Jesús de la Expiración.
Y yo la llevo conmigo,
Que mi hombro dolorido
Duele menos con su amor.

César García
Febrero, 2.005

Cristo del Amparo

Viene el Cristo del Amparo
Por la calle de Caleros
Llega, a paso de dolor,
A la Ermita del Vaquero.
Que viene desde la suya,
Camino de San Mateo,
Con mis pecados al hombro
Hechos Cruz de sufrimiento.
Viene el Cristo del Amparo,
Los sentires cacereños
Con mi canto de la mano,
Van por la calle Caleros
Nazareno del Amparo,
Nazareno cacereño,
Déjame sufrir contigo,
Que el dolor no tiene dueño.
Nazareno del Amparo
Nazareno de mi sueño.
Déjame llorar contigo
Que el llanto me hace pequeño.

Cristo Negro

¡Qué oscuro se vuelve todo!
¡Qué culpa dentro del pecho!
¿Por qué te clavo en la Cruz
a Ti, que eres el Dios Bueno?
Para poderte decir
Una y mil veces: ¡Lo siento!
Quiero padecer contigo
Tu martirio ¡Cristo Negro!

Santísimo Cristo del Calvario

El alma joven de un pueblo
A Cristo lleva en volandas.
Estudiantes franciscanos,
Viernes Santo de mañana.
Como una aguerrida tropa
Militante y entregada
De su Cristo del Calvario
Son escolta uniformada.
Con los blancos capuchones
Llevan cubierta la cara.
Túnica negra ceñida
Con recio cordel de sarga
Y hacen olas con el viento
Albos pliegues de sus capas.
El esfuerzo es oración
De los hermanos de carga
Que acompañan a su ritmo
La música legionaria.
Y la emoción se hace densa
Cuando llegan a la Plaza
Y en la Ermita de la Paz
Con vigor de fe lo alzan
Y lo mecen y lo arrullan
Y le cantan en voz baja
Como si no fuese muerto
Sino dormido en las andas...

LA PROCESIÓN DE LA MADRUGADA

Por toda la ciudad vieja
aire y luna de otros tiempos,
la noche del Viernes Santo,
hecha dolor y misterio,
entre los muros de piedra
congrega a los cacereños,
que se tornan en las calles
peregrinos en el tiempo,
viviendo la madrugada
de su pretérito eterno.
En la Plaza de Santiago
fervor y recogimiento,
se forma la Procesión
a la salida del Templo
y serpentea las calles
lentamente y en silencio.
Los capuchones desfilan
codo a codo con el pueblo
con la túnica morada
y la blanca capa al viento,
la roja Cruz de Santiago
semioculta entre su vuelo
y el recio cinto de esparto
ceñido en torno a su cuerpo.
Van andando su camino
con Jesús, el Nazareno.
El redoble de tambores,
entrecortado y escueto,
se nos enrosca en el alma,
el rítmico golpeteo
de las horquillas se alza
queriendo subir al Cielo,
queriendo ser oración
y queriendo ser el rezo
de los Hermanos de Carga,
que van compartiendo el peso
con El que lleva la Cruz
muy por encima de ellos.
Que el gran dolor de Jesús
no es el pesado madero,

ni la Corona de Espinas
que a sus ojos pone cerco.
Su dolor está en el hombre
y por él sufre en silencio
y su silencio enmudece
a todos cuantos le vemos
encendiéndonos su llama
en lo más hondo del pecho.
En la cuesta del Adarve
se hace tan sentido el duelo
que hasta las fachadas lloran
lágrimas de musgo seco.
Sobre la eterna muralla
brilla, pálido, el reflejo
de las luces de los cirios
que van dejando un reguero
con sus lágrimas de cera
sobre las piedras del suelo.
Por el Arco de la Estrella
está pasando el cortejo,
el Paso está junto a mí,
levanto la vista y veo
que el Nazareno me ve
y que su mirada es fuego
que va quemando su vida
y llevándose al Cielo.
Tan difícil me resulta
describir el sufrimiento
de la Cara de Jesús,
que ni a imaginar me atrevo
la barbarie de esa espina
que escapándose del trenzo,
va atravesando su frente,
desde donde nace el pelo,
macerándole la carne,
hasta su ojo derecho.
Ese Rostro ennegrecido,
esos labios entreabiertos
de los que quiere escaparse
un anhelante jadeo,
esos ojos que se cierran
y esos dos hilos sangrientos
que le surcan las mejillas
hasta enrojecerle el pecho.
Se aleja la Procesión
desde el empinado trecho
de la cuesta del Adarve
llevándose al Nazareno,

con el ruido de tambores
y el rítmico golpeteo
de los hermanos de Carga
con sus horquillas al suelo.
Por encima de las torres
va queriendo abrirse el Cielo,
mañana de Viernes Santo
en que ha de entregar su Cuerpo.
La comitiva se ha ido
y yo me siento pequeño,
que me ha hecho sentirme niño
el sereno sufrimiento
que irradiaba de la Cara
de Jesús, el Nazareno.

César García González
Cáceres, 1973

S A E T A S

NAZARENO, ¡DÉJAME!

I

Nazareno, Buen Jesús.
En la madrugá más larga
Más angustiosa y amarga
¡Déjame llevar tu Cruz!
Que quiero aliviar tu carga

II

Has pasao por las Claras
Padre Nuestro, Nazareno.
Yo no soy un hombre bueno.
¡Déjame mirar tu Cara!
Que con tu pena yo peno.

III

Nazareno, Buen Jesús
Santa María es testigo,
Si me tienes por amigo
Pa ayudarte con tu Cruz
¡Déjame cargar contigo!

NAZARENO DE SANTIAGO

I

Vas cargao de dolor,
Vas con paso vacilante
Y yo quiero que mi cante
Sea saeta de oración
Que tu corazón levante.

II

Tu fatiga, caminante,
Tu dolor, frío y sereno,
Toda la luz, Nazareno,
Que ilumina tu semblante
Es mi camino hacia el Cielo.

CRISTO DEL AMPARO

I

Cuando llegas a Concejo,
Nazareno del Amparo,
Con mis penas yo comparo
El penar de tu cortejo
Y es tu penar más amargo.

II

¡Nazareno del Amparo!
Por esta calle Caleros
Eres mi norte y mi faro
¡Nazareno del Amparo!
Ya sólo seguirte quiero.

CRISTO NEGRO

¡Cristo de Santa María!
Te bajan crucificado
La Cuesta la Compañía.
Eres Negro como el día
Que mala muerte te han dado.

NTRA. SRA. DE GRACIA Y ESPERANZA

¡Qué bonita es mi señora!
¡Virgen de Esperanza y Gracia!
Todo Cáceres te adora,
Que tu gracia no mejora
Ni la flor de más fragancia.

IV CENTENARIO DEL NAZARENO

COLOMBIANA

La Providencia Divina (bis)
Guió la mano maestra
Pa que tallara tu Imagen
El buen Tomás de la Huerta.
Y ese eres Tú, y ese eres Tú
Y ese eres Tú, Nazareno.

Y es tan triste tu semblante
Y tu pena tan amarga
Que quiero ser cirineo
Para compartir tu carga.
Y ese eres Tú, y ese eres Tú
Y ese eres Tú, Nazareno.

Hace cuatrocientos años
Que los buenos cacereños
Son devotos de tu Imagen
Desde que son bien pequeños.
Y ese eres Tú, y ese eres Tú
Y ese eres Tú, Nazareno.

Los sentires cacereños
Su tradición y memoria
Van unidas a tu Imagen
Que se mece en nuestro sueño
Y ese eres Tú, y ese eres Tú
Y ese eres Tú, Nazareno.

SEVILLANAS

I
Desde que tengo memoria
Te conozco Nazareno.
Te conozco Nazareno
Desde que tengo memoria
Te conozco Nazareno
Y eres camino a la Gloria
Una vereda pal Cielo.

Una vereda pal Cielo
Te llevo dentro del alma,
Y arropaita en mi pecho
Tu Imagen en mi medalla
Es mi vereda pal Cielo

Estribillo:

Y por eso yo te pido, y por eso yo te pido
Déjame llevar tu Cruz
Que quiero cargar con ella
Para poder ver tu Luz.

II
Ya va haciendo cuatro siglos
Que tu Imagen se hizo nuestra,
Que tu Imagen se hizo nuestra
Ya va haciendo cuatro siglos
Que tu Imagen se hizo nuestra
Y que tu Rostro Divino
Nació de mano maestra.
Nació de mano maestra
Ese Rostro tan divino
Que como una luz nos muestra
El verdadero camino
Y la verdadera senda.

(Estribillo)

III
Cacereños en el tiempo
Tiempos que vienen y van.
Tiempos que vienen y van
Cacereños en el tiempo
Tiempos que vienen y van
Nuestro Padre Nazareno
Con nosotros siempre está.
Con nosotros siempre está
Porque a gala lo tenemos
Y al vivir con la verdad
Nuestro Padre Nazareno
Nos da la vida y la paz.

(Estribillo)

IV
Cada Santa Madrugada

La plazuela es de silencio
La plazuela es de silencio
Cada Santa Madrugada
La plazuela es de silencio
Se hacen llanto las miradas
Y al mirar al Nazareno.
Y al mirar al Nazareno
Se hacen llanto las miradas
El relente se hace fuego
Casa Santa Madrugada
Y el cante se eleva al cielo.

(Estribillo)

BULERÍAS (1)

Señor, Nazareno Santo.
Señor, Nazareno grande.
Señor, yo quiero cantar
Lo que por la boca
Del alma me sale.
Señor Jesús,
Cuando rompe la mañana
Por el adarve contigo
Penares y amores bajan.
Quiero mi carne
Rota y golpeada,
Como fue la suya
Abierta y rasgada.
¡Que látigo amargo
Se bebió su espalda!
Qu'al Cielo vaya El
Y con El mi alma (3)
El va descalzo
Con la Cruz a la espalda,
El lleva cadenas
Que mis manos l'amarran.
Llegando a Santiago
Las penitas s'acaban.
Qu'al Cielo vaya El
Y con El mi alma (3)
El se va al Padre
Yo me quedo en casa
En estas cuatro parecitas
Si acaso me llama,
Porque sé que quiere

Que con El me vaya.
Qu'al Cielo vaya El
Y con El mi alma. (3)
Le quiero
Y me moriré queriéndole (bis)
Y hasta la muerte (bis)

BULERÍAS (2)

Cargao con el Nazareno
Paso el adarve y le pido
Que me lleve como a un hijo
Pa ayudarle con el peso
De la Cruz de su martirio.
Nazareno de Santiago,
Déjame pasar contigo
La amargura del camino.
Que no sé ni lo que hago,
Que no sé ni lo que digo.
Viernes Santo, Viernes Santo
Madrugaíta de pena,
Por bulería y saeta
Al Nazareno le canto
Sin ser cantor ni poeta
¡Hijo de Dios!
Quiero ver
Por tus ojos el dolor
y en mi alma padecer
Lo que la tuya pasó.
Lleva túnica morá,
va descalzo y dolorío
La mirá de desvarío
Lleva al Cielo levantá
Y en sus ojos van los míos.
Postiguito de Santa Ana,
Donde el adarve se estrecha.
Allí cantó La Navera
En la madrugá temprana
Su cante por cacereñas.
Nazareno dame Tú
Valor pa poderte ver,
Ganas de poder tener
un poquino de tu luz
el día de tu Besapié.

SEVILLANAS

I

Cargao con el Nazareno
Por el adarve le pido
Que me lleve como a un hijo
Pa ayudarle con el peso
De la Cruz de su martirio.
Nazareno de Santiago,
Déjame pasar contigo
La amargura del camino.
Que no sé ni lo que hago,
Que no sé ni lo que digo.

Estribillo:

Llegando a Santiago
Las penitas s'acaban.
Qu'al Cielo vaya El
Y con El mi alma.

II

Viernes Santo, Viernes Santo
Madrugaíta de pena,
Por sevillana y saeta
Al Nazareno le canto
Sin ser cantor ni poeta
Porque eres Hijo de Dios
Con los míos quiero ver
Por tus ojos el dolor
y en mi alma padecer
Lo que la tuya pasó.

(Estribillo)

III

Lleva túnica morá,
va descalzo y dolorío
La mirá de desvarío
Lleva al Cielo levantá
Y en sus ojos van los míos.
Postiguito de Santa Ana,
Donde el adarve se estrecha.
Allí cantó La Navera
En la madrugá temprana
Su saeta cacereña.

(Estribillo)

IV

Nazareno dame Tú
Valor pa poderte ver,
Ganas de poder tener
un poquino de tu luz
el día de tu Besapié.
Cuando ya estés con el Padre
Dile que desde Santiago
Tengo tendías las manos
Pa quitarte los amarres
De esa Cruz que te maltrae.

(Estribillo)

Llegando a Santiago
Las penitas s'acaban.
Qu'al Cielo vaya El
Y con El mi alma.
Qu'al Cielo vaya El
Y con El mi alma. (3)
Le quiero
Y me moriré queriéndole (bis)
Y hasta la muerte (bis)

La imagen del Nazareno (Leyenda)

Comenzando la centuria
está de vuelta en la villa
un aprendiz de escultor
que había marchado a Sevilla
para hacerse imaginero
en taller de nombradía.
Por un pariente cercano
su presencia es requerida;
pues es de avanzada edad
y unas fiebres padecidas
tan quebrantado le tienen
que se teme por su vida.
Al poco de haber llegado
a Cáceres el artista,
los males de su pariente
a tal punto se agudizan
que en atenderle se gasta
su ya parca economía
y a sus cuartos ponen alas
entre médico y boticas.
Pero como las desgracias
nunca solas son venidas,
a pesar de los remedios,
tras dolorosa agonía,
el anciano entrega el alma
al extinguirse sus días.
De tal forma impresionó
a nuestro joven artista
aquel dolor resignado,
aquellas manos tan frías,
aquel rostro contraído
y aquella mirada limpia
llena de esperanza y fe
en gozar de la otra vida,
que al punto se decidió
a tallar imagen viva
que a Cristo representara
en plena Pasión Divina,
tomándose por modelo,
cuando la muerte venía,
aquella faz resignada,
pero de dolor transida.
Y se entregó a su labor

casi como quien delira.
Para no perder la imagen
que en la mente se tenía
sin darse paz ni reposo
trabajaba noche y día.
Y así, en pocas semanas
ve que su obra culmina.
Cuando la tiene ante sí
de hito en hito la mira,
luego se fija en sus manos,
pues le parece mentira
que de ellas haya surgido
justo lo que pretendía,
que era aquella la figura
que en su mente estaba fija,
que tanto se había soñado
y que tan bien describía
los dispares sentimientos
de aquella Pasión vivida
por Cristo Vivo hecho Hombre
y que él reproducía.
De la existencia del Cristo
se enteraron las vecinas
y pronto, de boca en boca,
corrió por toda la villa
cual de pólvora reguero
la sorprendente noticia:
"Un joven imaginero
que trabajaba en Sevilla
ha esculpido un Nazareno".
La gente que hubo la dicha
de poderlo contemplar
se quedaba convencida
de que estaba ante un milagro;
pues tal perfección tenía
aquel expresivo Rostro
que la influencia divina
patente era en la mirada
que la imagen transmitía.
- ¿Y quién es? - Se preguntaban
- ¿Cómo se llama? - Decían.
El ser poco conocido
mayor misterio añadía.
Al fin, el rumor alcanza
a la Ilustre Señoría
del Titular Mayordomo
de la Real Cofradía
de Nuestra Señora de la

Misericordia. Quería
que le mostrasen la imagen
que tan revuelta traía
a toda la vecindad
de gente buena y sencilla.
Y así, Tomás de la Huerta,
que tal nombre se tenía
aquel joven inspirado
y tan precoz como artista,
fue llevado a la presencia
de su Ilustre Señoría
y la Junta de Gobierno
de la Real Cofradía.
Así que vieron al Cristo
personas tan distinguidas
se quedaron fascinados
y con el habla perdida.
De inmediato se acordó
la providencia debida
para que la imagen fuera
por la Hermandad adquirida,
para que en su patrimonio
como propia fuese inscrita.
Y también se decidió
que la misma Cofradía,
poseyendo aquella talla,
a su título añadía
el de Jesús Nazareno
junto con el de María,
viniendo a ser desde entonces
por tal nombre conocida.
Se ordenó tomar razón
también que se pagarían
hasta trescientos reales,
que era suma muy crecida,
al hombre que con sus manos
a la imagen diera vida.
Cuando la historia narrada
de muchos fue conocida
la fama del buen Tomás
como la espuma crecía
y señores importantes
obras suyas requerían,
ofreciéndole fortunas
por cualquier cosa salida
de las manos prodigiosas
de tan consumado artista.
Pero todas las propuestas

que le hacen son baldías;
pues bien se sabe Tomás
que nunca jamás haría
nada como el Nazareno,
ya que Dios mismo fue guía
de sus manos en las noches
que la imagen esculpía.
Aquel Jesús Nazareno
fue la obra de su vida
y en los años venideros
la imagen asombraría
a todos cuantos la vieran
y algún poeta diría
pasados cientos de años
al sacar la Cofradía
a Jesús en Procesión
el Viernes de amanecida:
*“Tan difícil me resulta
describir el sufrimiento
de la cara de Jesús,
que ni a imaginar me atrevo
la barbarie de esa espina,
que escapándose del trenzo,
va atravesando su frente,
desde donde nace el pelo,
macerándole la carne,
hasta su ojo derecho.
Ese Rostro ennegrecido,
esos labios entreabiertos
de los que quiere escaparse
un anhelante jadeo,
esos ojos que se cierran
y esos dos hilos sangrientos
que le surcan las mejillas
hasta enrojecerle el pecho ...”*
¡Esa es la imagen de Dios!
¡Ese es Jesús Nazareno!

Fuente: Anónimo popular.

El Cristo de los Milagros **(Leyenda)**

Cerro de Peña Redonda,
lugar de ajusticiamiento,
donde yace el sentimiento
de que triste muerte ronda
el patíbulo sangriento.
Lugar tan de negra fama
que oscurece hasta su cielo.
Negro fin y negro duelo
que negro dolor inflama
tiñendo de sangre el suelo.
Cuenta la historia que un día
dos muchachos condenados
hasta el Cerro son llevados
y allí, por la argolla fría
del garrote son pasados.
Busca la Justicia muerte
y aplicarla con sus ritos.
Mas... Los jóvenes proscritos
¿Se merecen esa suerte
Por incurrir en delitos?
Es de antaño tradición
que un Cristo Crucificado,
por cofrades transportado,
presida la ejecución
en el Cerro malhadado.
Y así es en esta ocasión,
llega el Cristo de la mano
de un encapuchado hermano
que inicia la procesión
hacia el castigo inhumano.
El verdugo ya ha ajustado
cada tornillo y correa.
Para que no se le vea
se trae el rostro tapado.
La palanca manosea
y su furtiva mirada
no se detiene un momento.
Sus ojos son un lamento,
una oración angustiada
llena de arrepentimiento.
Presta está la ejecución,
y del Cristo con un beso
se despide cada preso,

el dolor de la emoción
en su rostro queda impreso.
Pero en un momento dado,
cunden miedo y estupor
porque el gesto del dolor
de uno y otro condenado
se vuelve expresión de amor
al saber que es Cristo mismo
quien sus cuerpos ha soltado,
los tornillos han saltado
y aquel frío y negro abismo
ante sus pies se ha cerrado.
Al ver burlada la muerte
han contenido el aliento,
la emoción de ese momento
es tan intensa y tan fuerte
que transmite el sentimiento
de que un milagro se ha obrado,
de que el Cristo no consiente
que ningún niño inconsciente
así sea condenado
y por tal se hace presente.
Mas vuelven a ser atados
y presos en el garrote,
de la justicia el azote
tiene que ser aplicado
y que así el mundo lo note.
Y el Cristo se hace sentir
en su imponente presencia.
Y cuantas veces la ciencia
del verdugo en infligir
a los nudos consistencia
se va haciendo más patente,
así el Cristo los desata,
que la justicia no mata
si Dios vivo está presente
y su voluntad acata.
Cuantos en el Cerro son
así quedan convencidos,
que los sucesos habidos
darán más de una ocasión
para contados y oídos.
Y así viene sucediendo,
este milagro narrado
al Cristo nombre ha dejado
y aún hoy, se sigue viendo
que este Cristo así nombrado
hace milagros a quien

exponiéndole un lamento,
un gozo o un sufrimiento
sin esperar ningún bien
le reza con sentimiento.

Fuente: Archivo documental de la Parroquia de
Santiago de Cáceres.